

«Juro que, si no es cierto todo lo que cuentan, tal vez la culpable sea la mente, no hay leyenda más aterradora que la que fabrica nuestra mismísima conciencia». Las sombras parecían dibujar figuras diabólicas que cobraban vida. Mis piernas se aferraban al suelo, las manos me sudaban y mis oídos estaban prestos a detectar hasta el más mínimo sonido. Mis sentidos, enloquecidos, parecían querer que perdiera el juicio, y empezara a desconfiar de mí mismo, de mi cordura. Al recordar que debía ir a recoger a mi amigo Ernesto, que ya debía estar esperando, me dije: «En mala hora decidió venir a celebrar el día de los muertos, ¿qué no recuerda todo lo que se cuenta en el pueblo? Debió ser más precavido y escoger un horario por la mañana, no a estas horas de la noche. Con lo loco que es, ¡qué más podía esperar de él!».